

La hora de la verdad

EL MUERTO APARECIÓ el viernes como a las cuatro de la tarde. No hacía mucho habíamos llegado a La Casa Grande, la casa del abuelo, y estábamos todos sentados debajo del almendro cuando unos pasos apresurados nos llamaron la atención. Era Julián, el hijo del mayordomo.

Patrón, dice mi papá que venga urgente. Hay un señor tirado detrás de los establos.

Todos se levantaron, menos yo.

Debe ser alguno de los trabajadores que se emborrachó aseguró mi tía.

Puede ser Simón; el otro día se quedó dormido por ahí cerca porque le dio por tomar con unos idiotas del pueblo agregué yo como para tranquilizarme . No me gustaría para nada que fuera un muerto.

<<A mí siií>> gritaron al tiempo las mellizas y salieron corriendo hacia los establos, sin que las pudieran detener.

Después de unos minutos, el abuelo apareció con ellas de la mano. Mi tía llorosa lo seguía de cerca.

El tal señor dormido resultó estar muerto y lo peor, resultó ser Simón.

El abuelo estaba muy triste.

¿Qué le pasó, abuelo?, ¿saben por qué está muerto?

Tiene un tiro en la frente. - Me angustié. Yo no trataba muy bien a Simón; para mí era un bobo.

Realmente Simón no era un bobo cualquiera. Hacía unos 3 años le había caído un rayo mientras tomaba fotos de una inundación y desde ahí quedó mal de la cabeza.

Mentalmente era un niño entre los ocho y los diez años, pero me molestaba su obsesión conmigo; sobre todo porque era un hombre de treinta años. Había sido periodista, conocido y respetado, e incluso había ganado premios por sus polémicos artículos sobre política y otros temas de interés social. Después del accidente, con lo poco que le quedó de adulto, decidió mudarse a San Juan y vivir solo en una casa ubicada a una cuadra de La Casa Grande. La mamá y la hermana lo visitaban con frecuencia.

Me armé de valor y me acerqué al lugar. Me quedé paralizada durante unos segundos. Ningún pensamiento me cruzó por la cabeza y ninguna emoción me embargó; pero pasados unos segundos, el muerto se levantó. El hueco en la frente se le veía oscuro, entre morado y negro, no rojo como la sangre, y los ojos se le veían raros, hundidos en la cara.

Mi abuelo regresó, todos seguían haciendo especulaciones, yo en cambio tenía la boca abierta sin saber qué hacer o que decir. Todos miraban el cadáver en el suelo, pero para mí el muerto se había levantado y me miraba fijamente como culpándome de su estado actual, de su hueco en la frente y quien sabe de qué más.

¿Qué le pasó?, ¿Quién le hizo ese hueco? - dije sin pensar.

Me miraron como si estuviera loca.

Mija, ¿qué le pasa? me preguntó el abuelo, mirándome con preocupación. Todos me clavaron los ojos esperando la respuesta.

Perdón, abuelo, no sé qué me pasa. Yo veo aquí a Simón muerto, pero le juro que lo vi levantarse y mirarme de frente como haciéndome un reclamo o tratando de decirme quien lo mató.

Puede ser el espíritu dijo tranquilamente la mamá de Julián, que también se había acercado al lugar. Quizá quiere comunicarle algo. Tiene que hablarle y decirle que camine hacia la luz, porque si no lo hace se puede quedar por aquí vagando sin rumbo.

Ay, Martica, por favor no diga esas cosas, yo soy pésima para esos asuntos espirituales, deben ser mis nervios.

Las mellizas aparecieron corriendo seguidas de mi tía, quien las llamaba a gritos. Corrí hacia ellas y me agaché para abrazarlas.

Vamos a la casa, no podemos estar aquí.

Nosotras queremos ver a Simón · dijo Andrea.

· Él es nuestro amigo · agregó Anie.

<<Simón, Simón>> gritaron en coro.

Las mellizas tienen siete años, prácticamente la misma edad mental de Simón. Son rubias, altas para su edad y muy delgadas. No comen mucho, todo lo huelen y prueban pero el plato siempre queda a la mitad. Una es zurda y la otra derecha, cuando dibujan cada una hace la mitad; al unirlos se completa el dibujo. Esto les ocasiona problemas en el colegio, pero hasta ahora ningún sicólogo ha podido ayudar. Cuando hablan se completan las frases y muchas cosas las dicen en coro. Son inteligentes; claro que a mí me parecen un fenómeno.

Son hijas de mi prima Carolina, mi tía María Inés es la abuela y ese fin de semana habíamos venido todas de paseo porque el lunes es festivo y los padres estaban en la boda de unos amigos, en una isla no sé dónde.

Por fin regresamos con ellas a la casa.

En un arranque de arrepentimiento por lo antipática que era con Simón, me dio por practicar mis dotes de detective.

Voy a ir a la casa de Simón a ver si todo está en orden.

No creo que sea buena idea, *mijita*, eso hay que dejárselo a Martínez, ya lo llamé · explicó el abuelo.

Buena idea, abuelo. Pero yo voy hasta la casita, quizá lo han robado. Al menos puedo cuidar que nadie entre, acuérdesse que estoy estudiando criminología. Sé cómo comportarme en estos casos · lo dije y me sentí mal.

Mi tía me miraba con reproche, ella más de una vez me había dicho que dejara de ser repelente con el pobre muchacho, que entendiera que era un niño. En fin, siempre lo defendía y lo dejaba jugar con las mellizas. Montaban a caballo los tres, él las empujaba en el columpio y las acompañaba a recoger frutas. Era como cualquier otro amigo de su edad pero para mí, era difícil verlo así.

Simón era alto, buen mozo, cejas gruesas, ojos cafés muy grandes y nariz perfecta. Tenía la quijada un poco hacia adelante, lo que le daba un aire más inocente pues estiraba la boca cada que me veía y medio tartamudeaba. Al principio me burlaba,

luego me molestaba y finalmente me amargaba. Me daba lástima, pero me desesperaba tratarlo como a un niño viéndolo tan grandote. Me daba tristeza no haber sido su amiga como lo eran las mellizas; pero desde que empezó a escribirme poemas y a traerme regalitos, dejó de gustarme el asunto.

Las mellizas salieron detrás de mí por supuesto, pero mi tía las agarró por el vestido y logró detenerlas. Una estaba colorada y la otra pálida, quizá de pesar o de susto. Se quedaron calladas y me dijeron adiós con las manos. Generalmente no lloraban, era otro de sus atributos. Dibujaban todo y cuando estaban tristes hacían cosas que a mi parecer eran horribles.

Le pedí a Julián que me acompañara. Desde afuera todo parecía en orden. Abrí la puerta pues sabía que él nunca la aseguraba.

Hola, ¿hay alguien? Buenas tardes. ¿Simón? grité para darme valor. Nadie respondió. Entré dejando la puerta abierta de par en par y mandé a Julián a darle la vuelta a la casa para ver si por alguna ventana se veía algo raro. Cuando llegué a la cocina, abrí la puerta que daba al patio. En ese instante apareció Julián.

No se ve nada raro, todo está igual que siempre, solo que las florecitas de la ventana de la cocina están marchitas.

Un ruido en el patio, nos sobresaltó, algo se movió entre unas veraneras. Julián corrió hacia adelante.

- Espéreme en la puerta, y no se asuste que ese ruido debe ser de algún pájaro.

Entré al cuarto de Simón, sentí nostalgia y la conciencia seguía culpándome por mala persona y antipática. Moví la cabeza intentando distraer mi bendita conciencia para que me dejara en paz. Me di unos golpes en la sien; ese truquito me funcionaba cuando iba a hacer o había hecho algo que tenía prohibido. Pero el problemita se me bajó a la barriga y sentí un vacío enorme.

Las manos me temblaban. Me imagino que por el susto con el supuesto pájaro o con el muerto. No por muerto, porque en clase de investigación forense había examinado varios cadáveres en la morgue. Pero este era diferente: además de que lo conocía, se había levantado y me había mirado de frente. Pasé mis ojos por el cuarto, no vi nada desordenado. Sabía que Simón era maniático del orden. Su mamá decía que le

quedaban muchas cosas de adulto y esa era una de ellas. Me volví a sentir mal. Pero seguí de detective.

Julián, fíjese si en la mesa donde está el teléfono hay una libreta.

Pasaron unos segundos y oí sus pasos. Por alguna razón se escuchaba cada ruido nítidamente. El viento, entrando por alguna ventana mal cerrada, sonaba como un silbido y las ramas de los árboles como una cascada. Escuchaba incluso las hojas al caer.

No señorita, no hay nada. Solo el teléfono.

Comprendí que había descubierto algo importante. Estaba segura que él tenía una libreta de teléfonos. Conservaba su agenda vieja y a veces, según decía la mamá, recordaba a alguien, lo llamaba y sostenía conversaciones bastante normales con sus amigos. Todos se alegraban, pero cuando le devolvían la llamada, emocionados con la idea de venir a visitarlo, les respondía un niño que no tenía idea quiénes eran. Después de dos años se acostumbraron a esos *lapses* mentales y esperaban ansiosos que algún día les tocara el turno de ser parte de unos minutos, o quizá horas, de lucidez de Simón Cisneros. Era su nombre completo.

En las paredes del cuarto había varios afiches, casi todos de motos y carros deportivos; tenía una repisa con modelos de varios de ellos y enmarcados dos de sus premios. En algún lado tenía recortes de periódicos de todo lo que había escrito y un cuaderno secreto que había escondido quién sabe dónde. El día que Simón llegó, la madre pasó a presentarse y nos contó todo esto. Lo consideró conveniente con el ánimo de proteger a su hijo, teniendo en cuenta que el abuelo era el vecino más próximo y además una de las personas más influyentes en el pueblo.

Hizo bien. De inmediato mi abuelo lo acogió como alguien más de la familia, inclusive lo dejaba montar a caballo, ayudar a bañarlos y limpiar los establos, si quería. En su mentalidad infantil no era realmente disciplinado, aunque sí muy educado. Era raro el pobre Simón. Nunca entendí cómo lo dejaban vivir solo en una casa. Había una señora que iba todos los días, limpiaba y cocinaba pero se iba al medio día, después de que él almorzaba. Hice nota mental de hablar con ella. Podría ser la última persona que lo vio vivo. Caí en cuenta que no sabíamos si había muerto recientemente o llevaba varias horas. A estas alturas eso ya lo estarían investigando.

Miré debajo de la cama y vi una caja grande. No la toqué. No quería ni imaginarme el regaño que me podría pegar Martínez.

Salí de la habitación y entré a la cocina. El viento seguía silbando. Julián seguía en la puerta muy obediente.

Ya voy Julián, quiero saber qué dice Martínez.

Mejor que se prepare señorita, ahí viene muy afanado.

Me paré en la puerta a esperarlo, no le tenía miedo pero sabía que se disgustaría cuando supiera que había entrado sola a la casa. Me miró con cara de ogro, solo faltaba que le saliera humo por la nariz.

Entró seguido de un joven que yo no conocía, que portaba un maletín negro. Me imaginé que era el investigador forense. Exactamente lo que yo estaba estudiando.

Buenas tardes y, antes de que me regañe, le cuento que no tocamos nada. La puerta, como siempre, estaba abierta y entramos sin problema. Julián caminó alrededor de la casa y vio unas flores marchitas en la ventana de la cocina.

Me miró con sus ojos verdes echando chispas.

No entiendo por qué se le ocurrió venir. No se da cuenta que esta puede ser la escena de un crimen dijo en un tono que no supe si era pregunta o afirmación.

Ay, no, Martínez, deje de exagerar. Aquí no mataron a Simón. No hay ni una gota de sangre y tampoco nada revuelto. Todo está ordenado tal cual lo mantenía él. Mejor busque a la señora Matilde, ella le cocinaba y limpiaba, a ver qué cuenta de la última vez que vio a Simón le dije echando chispas por la boca igual que él lo hacía por los ojos.

¡Ah! unas clasecitas en la universidad y ya es detective. ¿Cómo quiere que la llame? detective Reyes, ¿le parece?

Mmm, no. Por ahora, con señorita Reyes me conformo.

Nos miramos de frente, retándonos, como siempre.

Según mis cálculos, Martínez tendría treinta y tres años. Yo lo conocía desde jovencita. Llegó a San Juan de dieciocho años como cadete de la policía para ayudar en la alcaldía en la época en que mi abuelo estaba de alcalde. Nos llevaba y traía de todas partes. Mi prima Carolina se enamoró de él y tuvieron un romance que el papá de

ella desaprobaba pues no volvió a visitarlo. Además decía que: ~~%Ser novia de un policía raso no era ninguna gracia+.~~

El hecho es que finalmente el padre mandó por ella para que hiciera sus estudios universitarios en Estados Unidos. Él y mi tía se habían divorciado y él se había ido a vivir a California donde ejercía como cirujano plástico y le iba divinamente. Antes de conocer a Martínez, Carolina pasaba todas sus vacaciones con él pero después no quiso volver. Una vez que le mandaron el pasaje con su hermano mayor, amenazó con cortarse las venas si la obligaban. Si no es porque mi abuelo interviene y se compromete solemnemente a cuidarla y a tratar de que terminara con él, quizá la loca esa hubiera cumplido su palabra. Por unos días mi abuelo le recibió ~~%visita de sala+ y a mí me puso de chaperona. En ese entonces ella tenía diecisiete años y yo no era más que una niña chismosa y entrometida de solo doce. Los dos me detestaban.~~

Finalmente le empacaron la maleta y la montaron en el avión. Ese día mi abuelo habló con Martínez quien siguió tranquilo recibiendo cartas de amor de Carolina, pero unos dos meses después ella consiguió otro novio y no le volvió a escribir. Martínez le preguntó al abuelo por ella y él le contó que salía con otros muchachos.

Siguió como si nada, era muy amigo de mis primos y yo los veía siempre juntos y por ahí muy entretenido con otras mujeres. Era bastante ~~o~~ mejor dicho, extremadamente bien parecido y le sobraban admiradoras.

Él siguió estudiando después de su grado. Fue ascendido a teniente y en estos momentos estaba por ser, o ya era, capitán. Además se había especializado en investigación criminal, aunque en el pueblo le seguían diciendo teniente.

Alrededor de mis dieciséis años nos hicimos amigos. El día que los cumplí apareció en mi fiesta. Se esperaba que yo bailara con todos los hombres. Alguien lo empujó y quedamos abrazados mirándonos. Una corriente me pasó por todo el cuerpo y sus ojos verdes se quedaron clavados en mi mente para siempre. Sonrió y me pareció que era el ser humano más hermoso que existía sobre la tierra. Conversábamos con frecuencia y nos quedábamos con las miradas enlazadas, pero nunca avanzamos románticamente en nada. A medida que crecí, él fue apareciendo y desapareciendo de mi vida. Seguíamos intercambiando miradas pero había algo extraño que nos alejaba. Él y mis

primos eran muy amigos; cada que se encontraban salían de parranda y coqueteaban con todas las mujeres del pueblo.

Un tiempo después, Carolina se casó y llegó con su esposo y sus mellizas a vivir a Santana. Martínez resultó haciéndose amigo de la familia y los visitaba con frecuencia. Me parecía algo extraño, pero las mellizas lo adoraban.

Pasaba a saludar al abuelo cada vez que venía a San Juan. Si nos encontrábamos, me sonreía y a veces me saludaba con especial cariño; en otras ocasiones nos tratábamos con indiferencia. Sin embargo, mis amigas sabían que me fascinaba.

Su carrera se convirtió en lo más importante de su vida. Se volvió un hombre serio y formal. Dejó de coquetear y se volvió más bien solitario. No le conocí novia y mucho menos cuando empezó a estudiar y a viajar con motivo de sus especializaciones y entrenamientos. Estuvo fuera del país varios años. Regresó hace tres para ocupar un cargo importante en Santana; pertenecía a las fuerzas especiales, un grupo que se llamaba La Élite.

Entrenaba oficiales en la escuela y tenía fama de ser el mejor investigador; ganaba todo tipo de premios. Yo me alegraba, sobre todo por su amistad con mi abuelo a quien se veía que respetaba y quería. Los periódicos hablaban seguido de él y de los casos que resolvía, aunque nunca publicaban fotos. A su alrededor siempre había un aire de misterio. Me imaginaba que su trabajo así lo exigía. De hecho era extraño que estuviera investigando la muerte de Simón. Supongo que lo hacía para hacerle el favor a mi abuelo.

Desde su regreso, parecía siempre molesto conmigo. Una vez nos encontramos en una fiesta; yo estaba con el nuevo doctor que había llegado al pueblo. Nos conocíamos desde el colegio y por eso salíamos en compañía de mis amigos. Me dio la impresión que médico y detective se cayeron mal desde que se vieron. Aunque Martínez asistía a casi todas las reuniones de mi familia, yo no le conversaba mucho para evitar que se me notara cuánto me gustaba.

Es alto y flaco, tiene ojos verdes muy expresivos y le cambian de color cuando se enoja; de verdad parece que echan candela. Sigue soltero y para mí que así se iba a quedar. %Con lo antipático que es, nadie se va a enamorar de él+, pensé. %Tal vez solo yo, pero de malas, porque se va a quedar sin saberlo.+

La libreta de teléfonos de Simón no está por ninguna parte dije finalmente esperando apagar el fuego que se había encendido desde que entró %al detective+.

Castillo, busque por favor la libreta ordenó con voz firme pero educada. ¿No dijo que no había tocado nada? ¿Cómo sabe entonces? me reclamó con su tono áspero.

Porque tengo dos ojos que ven muy bien y porque sé que él la mantenía en el cuarto al lado del teléfono. Allí tenía los números de todos los amigos del pasado y escribía cosas. Era una agenda café.

Para ser la persona que más despreció al pobre hombre, conoce mucho detalle.

Eso era lo único que faltaba, que me alborotara la conciencia y la culpabilidad. Me daba rabia porque él sabía dónde apretar para herir; pero no le iba a dar gusto.

No era un hombre, era un niño. ¿Se acuerda que le cayó un rayo y lo dejó bobito? le dije. Me miró con una sonrisa a medias y salió al patio.

· Castillo, revisemos la ventana de la cocina, las flores se ven pisoteadas, mire a ver si hay huellas.

Los dos se dedicaron a revisar ese asunto y yo entré de nuevo a la cocina; por alguna razón me parecía que faltaba algo más. Yo había estado en la casa dos semanas antes pues mi abuelo me había mandado a traerle plátanos y frutas. Entré porque vi que Simón no estaba y los dejé con Matilde, la señora que lo ayudaba. Yo la conocía. Ella también le cuidaba la casa a Martínez. A veces con disimulo le preguntaba por él, pues ella se daba cuenta si estaba o no en San Juan.

Creo que falta algo aquí en la cocina dije en voz alta.

¡No toque nada!

Fue la orden del insoportable de Martínez, que cada segundo me caía más mal.

Necesitaba alejarme un poco para pensar, así que salí y repetí el recorrido que hice el último día que entré. Además quería saber qué le pasaba a Julián que estaba muy callado. Inicialmente no lo vi pero escuché un silbido. Me acerqué.

¿Qué está haciendo sentado en el carro de Martínez?¿Por qué no se va para la casa? Dígale a mi abuelo que venga a recogerme o que mande a su papá.

Ay, no, señorita Paulinita, no me mande para allá a estas horas, mire que ya está oscuro y de pronto me asustan.

Me dio pesar del pobre muchacho. Tenía dieciséis años, era muy dócil y buen estudiante; jugaba fútbol, cuidaba los caballos y ayudaba al papá y a mi abuelo en todo.

Martínez está afuera tomando fotos y huellas de las flores que usted dijo que se veían marchitas.

¿En serio? ¿Será que me bajo a ayudar? preguntó emocionado.

No, mejor quédese aquí, el Martínez está hecho un viejo regañón.

Me miró de reojo.

Yo sabía que la iba a regañar. Martínez es muy serio para todo.

Qué va, lo que es, es un maleducado y orgulloso. Se cree el mejor detective del mundo, un Sherlock Holmes hice una mueca y volví a entrar a la casa.

Mentalmente regresé al día que traje las frutas. La señora Matilde me abrió, vino hasta el carro para ayudarme y yo la seguí a la cocina. Puse todo en el mesón y miré la nevera. En la puerta había dibujos, como los que traen los niños de la escuela, los cuales seguían ahí y una lista

¡La lista no está! grité emocionada. Martínez entró.

Yo pensé que se había ido.

¿Sin despedirme? ¡Cómo se le ocurre! Seguí hablando como si nada. La mamá de Simón le tenía una lista de números importantes.

¿Y eso qué tendría que ver con la investigación? preguntó con sarcasmo, mientras se ponía unos guantes.

Quizá escribió el nombre y número de alguien que nos dé una pista. Simón tenía recuerdos súbitos que no le duraban mucho, pero siempre escribía lo que recordaba. Algunas cosas las escondía, otras las dejaba a la vista. Eso nos lo contó la mamá.

¿Las escondía? preguntó arrugando el ceño.

Sí, debajo de la cama tiene una caja llena de recortes y no sé qué más, ¿la saco? Y antes de que empiece a alegar, la vi pero no la toqué.

Salió hacia el cuarto sin siquiera mirarme.

¿Ya saben a qué hora murió Simón? le pregunté y lo seguí.

Según mis cálculos, hace unas dos o tres horas. El doctor ya se llevó el cadáver. Me avisará más tarde. Venía de no sé dónde y no andaba con el equipo cuando le avisé.

¿No fue capaz de calcular? ¿Qué doctor era?

El amiguito suyo, el que se las da de estrella de televisión.

Sonreí con gusto. Sentía que entre ellos había celos y sospechaba porqué. Si mi intuición femenina no me fallaba y las mellizas tenían razón, Martínez me tenía un ~~car~~ariñito escondido.

El teléfono sonó y sentí un escalofrío que me recorrió la espalda. Desde el piso donde tenía la caja a medio abrir, Martínez levantó el teléfono.

Buenas tardes sí señor, entiendo, está muy bien, con mucho gusto. Siguió revisando papeles.

¿Por casualidad era mi abuelo? ¿Qué dijo?

Suspiró.

Ya viene por usted; así que ¡hasta pronto! No vaya a andar fisgoneando nada más, ni haciendo preguntas por ahí.

Ya le iba a refutar, pero me hizo señas con el dedo de que me callara y continuó la retahíla.

· Un asesinato es algo muy serio. No hay motivo aparente, no fue para robarlo, no tenía enemigos y apareció en los predios de su abuelo. Entonces, hágame el favor y obedece lo que le digo, se queda tranquila y se olvida de que hay una investigación. Castillo es experto forense y encontrará lo que haya que encontrar. Gracias por lo de la libreta y la lista. Indudablemente es algo importante, pero no quiero que ande averiguando nada más. ¿Entendió? Cuando tenga noticias se las dejo saber. Por ahora, las mellizas la necesitan y tiene que ayudar a su abuelo atendiendo la familia de Simón ya que vienen en camino. Espero terminar de revisar la casa antes para que se queden aquí cómodas y tranquilas si así lo desean. Al fin y al cabo, aquí no pasó nada.

Lo miré entrecerrando los ojos y salí a esperar a mi abuelo. En realidad Martínez tenía razón. Había que investigar, pues matar a Simón, no tenía ningún sentido.

¿Sabía usted que Simón era el preferido de varias mujeres del pueblo, y que lo mimaban demasiado? · dije antes de salir de la casa.

Solo me respondió el silencio. Sentí pasos y lo vi parado en la puerta, yo en la mitad de la sala y Castillo en la puerta del patio entrando a la casa con su maletín. El tiempo pareció detenerse; no se escuchaba ni el silbido del viento. Mi abuelo estacionó frente a la casa, todos nos miramos, Martínez me hizo un gesto de despedida con la mano y sonrió.

Sí, señorita detective, hasta luego. Yo sé muchas cosas, así que tranquila; su conciencia está en buenas manos.

Uy, usted es el ser más odioso de la tierra. Se me salió el insulto y me dio rabia por no haberme controlado.

No sabía que usted conocía a todos los seres humanos de la tierra me dijo y le hizo señas a Castillo para que entrara con él al cuarto.

Mi abuelo entró y yo salí.

Hola abuelo lo espero en el carroñ el Martínez ése, está en el cuarto.

Salí y me senté en el carro. Miré hacia la puerta y vi el jardín; sentí que una lluvia de tristeza me empapaba el corazón. No me podía negar que por razones ridículas yo había sido muy seca con Simón. No era más que un niño grande que me regalaba flores y me escribía poemas. Y yo lo había despreciado como si fuera un hombre que me cayera mal, como Martínez o alguien así.

Recordé la vez que me llevó flores, las que él mismo sembró frente a la casa. Eran flores de esas que uno chupa y les sale agua dulce. Regresó al otro día y no las vio en el jarrón donde las había puesto mi tía. Al ver su desilusión, le dije: ~~Las~~ mellizas se las tomaron,+ y empecé a reírme. ~~¶~~eran para usted porque son dulces como su sonrisa+, me contestó. Volteé los ojos y di media vuelta. Las mellizas salieron corriendo y gritando pues iban a montar a caballo y él salió con ellas olvidándose del asunto, creo.

Era un niño, pero tenía sus momentos de hombre en los cuales yo lo había herido. Claro que tampoco fui buena amiga en sus momentos de niño cuando llegaba con carritos en los bolsillos y me pedía que jugara con él. ~~¶~~o estoy muy vieja para eso Simón, yo juego con carritos de verdad, cómprate uno y yo te lo manejo, o ¿tú sabes manejar?+, le dije un día. Mi abuelo que me escuchó lo llamó y se lo llevó a los establos a mostrarle dos potros que habían nacido la noche anterior. Cuando volvió a la casa me regañó y me pidió no ser grosera con él.

Julián estaba sentado atrás, taciturno.

Julián, ¿estás bien?

Contestó con voz triste. La conmoción de encontrar un muerto ya le había pasado y ahora lo entristecía el hecho de haberlo conocido y jugado con él.

Me ha dado pesar de Simón, me parece verlo con su bicicleta y sus carritos. Ayer nomás llegó a la casa como a las tres de la tarde con un juego de monopolio que le regaló la profe Josefina. Nos pusimos a jugar y quería esperarla a usted para ver si eso le gustaba. Yo le expliqué que estaba estudiando y llegaba hoy. Como a las cinco mi mamá me mandó a hacer tareas y él se fue a ayudar a mi papá a encerrar los caballos. Mi mamá le dio café con leche y galletas. Se despidió y se vino para la casa.

Mi abuelo llegó al carro, se veía triste. Me olvidé de Martínez.

Abuelo, ¿estás bien?

Ay *mija*, ¡qué pesar del pobre muchacho! ¿A quién se le puede ocurrir hacerle daño? Ya le avisé a la mamá, ni sabe uno qué decirle o cómo explicarle un absurdo así. Las mellizas tienen ataque de tristeza. No paran de pintar y no han vuelto a hablar desde que vieron a Simón. Fue un error dejarlas ver el cadáver. Pero, ¿quién las alcanzaba o quién se iba a imaginar que era un muerto y, lo peor, que fuera Simón? María Inés está pegada del rosario y no les hemos avisado a los padres para no dañarles su viaje. No sé qué será lo correcto.

Se quedó en silencio. Yo me pellizqué las orejas disimuladamente, otra de mis ayudas en momentos de crisis emocional.

Fuimos a la panadería del pueblo y mi abuelo compró unos pasteles que les encantaban a las mellizas. Regresamos a la casa y Julián saltó del carro como si algo lo estuviera picando. Salió corriendo para su casa. Estoy segura que iba llorando. Él jugaba mucho con Simón, pero yo como que no me daba cuenta. ¿Qué será lo que hay mal en mí?+, pensé. Caminé detrás de él, pero el abuelo me pegó tremendo grito.

Paulina, deje tranquilo ese pobre muchacho. Simón era su amigo, déjelo que lllore en paz.

Me detuve y corrí hacia el abuelo, mientras una descarga de tristeza me atravesaba el alma.

Ay, abuelo, ¿por qué será que yo no tengo sentimientos bonitos?

Me abracé a él como una garrapata y empecé a llorar. Me apretó fuerte y sollozamos juntos. Estuvimos así unos segundos hasta que sentimos que se nos habían unido al abrazo. Eran las mellizas que, pegadas de las piernas de los dos, lloraban por primera vez en mucho tiempo, si mal no recuerdo, desde que tenían dos años.

Una luz iluminó el cuadro . ese nudo de lágrimas. que representábamos los cuatro. El abuelo me soltó y me agaché para %arrancar+ las mellizas de sus piernas. Una señora se acercó, era la mamá de Simón. Mi abuelo la abrazó y entonces ya éramos cinco llorando en mitad del patio. La hermana también se unió al racimo de llorones. Otra luz nos iluminó y sentí que alguien me tomaba del brazo. Las mellizas se pegaron de mí como antes yo del abuelo. Unos brazos fuertes me dirigieron hacia la casa y escuché clara la voz de Martínez.

Vamos para la casa, Paulina.

Obedecí y las niñas me soltaron. Él las cargó y entró con ellas. Yo lo seguí, mi tía quiso recibir una, pero ellas se aferraron más a él. Fuimos hasta la sala de televisión y ahí vi lo que el abuelo había contado: papeles y papeles por todas partes, todos dibujos de acuarela que era lo que más les gustaba. Sobresalían, el rojo, el gris y el morado. No distinguía nada porque todavía estaba medio cegada por las lágrimas. Martínez las dejó en el sofá. Yo me senté entre las dos y las abracé. Mi tía y él se desaparecieron.

Después de unos minutos, las niñas se sentaron en el suelo y empezaron a acomodar las hojas en un orden que solo entendían ellas. Cuando terminaron, me quedé con la boca abierta. Allí, en el piso, estaba la cara de Simón tal cual yo lo había visto. Era como si hubiera una niebla sobre él. Los ojos, ¡Dios mío!, eran los mismos ojos que me miraron cuando lo vi levantarse. Igualmente la boca, entre rosada y pálida, y el hueco entre rojo y morado.

¡Tía, abuelo! grité y me paré a contemplar lo que realmente no tenía cómo nombrar.

Sin lugar a dudas estas mellizas eran un fenómeno de la naturaleza.

Mi tía entró corriendo, ahogó un grito en la garganta y empezó a darse bendiciones.

Dios todo poderoso, Jesucristo bendito, ¿qué es esto? ¡Alberto! ¡Alberto!

Entraron mi abuelo y Martínez, quienes se quedaron tan sorprendidos como nosotras. Las niñas, sentadas a lado y lado del dibujo, nos miraban con ojos llorosos y tristes.

Es mejor llamar a los padres resolvió mi tía .Es necesario llevarlas al sicólogo. Yo las noto muy raras, todo esto las está afectando demasiado, ellas son muy sensibles y especiales.

Sin pronunciar palabra, Martínez se sentó al lado de una de ellas. Andrea, creo. A estas horas las veía tan exactas que se me confundían los nombres. Las dos tenían los ojos verdes pero a Andrea se le oscurecían o aclaraban según su estado emocional, mientras que Anie los tenía más claros y se le veían amarillosos si estaba enojada o triste. Andrea, la zurda, tenía un lunar en la mano derecha y Anie en la mano izquierda. El pelo era exacto en las dos, rubio algo ondulado, cortado a la altura de los hombros. Muy parecido al mío, pero el mío era más oscuro. La una se hacía cola de caballo y la otra una cola a cada lado, pero cuando se les antojaba confundir a la gente, se intercambiaban el peinado. Gozaban con sus maldades.

Terminaron sentándose entre las piernas de Martínez, él las abrazó y ellas se acurrucaron cómodamente entre sus brazos. Me pareció rarísimo, pero mi abuelo y mi tía ya se habían ido a llamar por teléfono. Contemplando este cuadro me dio un brinco el corazón.